

“La Transfiguración: La Misión en medio del desorden del mundo”

Sermón para el Domingo Mundial de las Misiones

11 de febrero de 2024

Rvdo. Fadi Diab

En la Iglesia Episcopal, el último domingo de Epifanía se llama “el Domingo Mundial de las Misiones”. Representa un momento en el cual la Iglesia reflexiona acerca de su presencia y misión en el mundo. Es un honor para mí compartir la siguiente reflexión con los hermanos de la Iglesia Episcopal en el Domingo Mundial de las Misiones del año 2024.

Como todos sabemos, las misiones son un aspecto muy venerado del anglicanismo. Es parte integral del servicio de adoración y de nuestra identidad. La misión significa el compromiso con el proyecto mesiánico de Dios para toda la creación. Incorpora la proclamación de la Buena Nueva del Reino: enseñar, bautizar y hacer discípulos, responder a las necesidades humanas, transformar las estructuras injustas, y esforzarse por proteger la integridad de la creación de Dios.

Mi servicio es en las comunidades de Ramala y Birzeit, dos ciudades palestinas al norte de Jerusalén. Durante los últimos cuatro meses, una atroz guerra ha devastado nuestro querido país y ha trastornado toda la región, convirtiéndola en un lugar de conflicto, dolor, desesperación y muerte. Decenas de miles de personas han muerto o han resultado heridas, el 70% de ellas mujeres y niños. Dos millones han sido desplazados. Barrios enteros han sido arrasados. Familias enteras han sido borradas del registro civil. Funcionarios de la ONU han descrito Gaza como "un cementerio de niños" y "un infierno para todos los demás". Las incursiones diarias en aldeas y ciudades palestinas han devastado a la comunidad. Más de medio millón de personas han perdido su trabajo a causa de la guerra. Estos tiempos difíciles han dejado a la comunidad abrumada física, psicológica y espiritualmente. Lo que ha sido aún más angustiante para la comunidad cristiana palestina es el silencio absoluto, incluso la indiferencia, de la mayoría de la iglesia internacional.

Tales tiempos de profundo sufrimiento eran frecuentes en la época de Jesús. Jesús y su comunidad vivían bajo la dominación colonial romana, de feroz poderío militar y económico que devastó a la comunidad de Jesús.

La lectura del Evangelio de Marcos 9:2-9 narra la historia de la transfiguración de Jesús. Este relato tan conocido y apreciado se recoge también en Mateo 17:1-13, Lucas 9:28-36, y se alude a él en 2 Pedro 1:16-18. Deseo leer la historia a través del contexto palestino de dolor, trauma, desesperación y abandono. Jesús tomó a tres de sus discípulos (Pedro, Santiago y Juan) y los llevó a una alta montaña. Allí se transfiguró ante ellos. En la cima de la montaña, Moisés y Elías se les aparecieron y comenzaron a hablar con Jesús. Cautivado por la escena, Pedro propuso construir tres tabernáculos: uno para Moisés, otro para Elías y otro para Jesús. Pero una nube los cubrió, y de la nube salió una voz: "Éste es mi hijo amado; escúchenlo".

Marcos concluye el relato diciéndonos que los discípulos "ya no vieron a nadie con ellos, sino sólo a Jesús".

Lucas, en cambio, añade un dato importante a su relato: La conversación entre Jesús, Moisés y Elías se refería a su "éxodo", su partida de la Tierra, que estaba a punto de cumplirse en Jerusalén (Lucas 9:31). Éxodo es un término bíblico relevante. Significa liberación de las fuerzas opresoras que tratan de deshumanizar y demonizar

a la comunidad de Dios. La identificación de Jesús como Hijo elegido de Dios se cruza con su éxodo misional: una misión de liberación y libertad.

Para comprender el significado de la transfiguración, es imprescindible leer el relato en su contexto literario. En el capítulo anterior, leemos acerca de la incapacidad de los discípulos para alimentar a la multitud hambrienta. “¿Cómo se puede alimentar de pan a estos hombres aquí en el desierto?”, responden los discípulos a la preocupación de Jesús por la multitud hambrienta que lo sigue (Lucas 8:4). Los discípulos se confundieron cuando Jesús les advirtió sobre la “levadura de los fariseos y la de Herodes”, pensando que Jesús quería que trajeran pan (Lucas 8:15-16). Jesús los regañó: “¿Todavía no ven ni entienden? ¿Tienen ojos y no ven, y oídos y no oyen?”. (Lucas 8:17-18).

La incapacidad de los discípulos para reconocer la identidad y la misión de Jesús se establece aún más por la sanación incompleta del ciego que veía a las personas como árboles que caminaban alrededor (Lucas 8:24). Luego siguen las preguntas de Jesús a los discípulos: “¿Quién dice la gente que soy yo?” y “¿Y ustedes, ¿quienes dicen que soy yo?”. La respuesta de Pedro: "Tú eres el Mesías" resulta aún más desconcertante después de que Jesús informa a sus discípulos sobre su misión de sufrimiento, rechazo y muerte. Jesús dice entonces que existe un abismo entre las preocupaciones humanas y las de Dios. Marcos concluye su trabajo previo a la transfiguración incluyendo las enseñanzas de Jesús sobre el discipulado: "El que quiera ser discípulo mío, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará..." (Lucas 8, 35-38).

El acontecimiento de la transfiguración viene a continuación y tiene por objeto incitar a los discípulos, y a nosotros, a reconocer a Jesús como el Hijo amado y elegido de Dios y, por tanto, a "escucharle". Las preguntas: "¿Quién es éste?" y "¿Quién dices que soy?" han sido respondidas por la voz divina: "Éste es mi Hijo amado y elegido". La voz celestial exige que los discípulos de Jesús y la Iglesia lo escuchen.

Al celebrar el Domingo Mundial de las Misiones, el acontecimiento de la transfiguración nos deja con algunas preguntas esenciales: ¿Quién es Jesús para nosotros hoy? ¿Cuál es su misión? ¿Quiénes somos nosotros, sus discípulos? ¿Cuál es nuestra misión?

El relato de la transfiguración nos deja con preguntas apremiantes: ¿Es la voz de Jesús a la que nos adherimos en medio de los gritos del mundo que nos rodea? ¿Seguimos su ejemplo de misión? La identidad y la misión están interconectadas. La transfiguración de Jesús es, de hecho, una invitación a nuestra propia metamorfosis. Escuchar a Jesús y seguir su ejemplo de misión implica asumir riesgos para la liberación de la comunidad de Dios y de la creación de Dios. Cuando escuchamos y seguimos el ejemplo de Jesús, nos transformamos en agentes activos de la misión de Dios. La transfiguración llama a la Iglesia a contextos ruidosos, desordenados, arriesgados y sombríos para dar testimonio del amor redentor y liberador de Dios en Jesucristo.

Sin embargo, en la cima de la montaña, Pedro cometió un error. Sugirió que levantaran refugios (tabernáculos) y se quedarán un rato, y así comenzó la diversión. En efecto, la transfiguración apunta a la gloria escatológica de Jesús, como esperaba Pedro, pero entre una cosa y otra está la cruz. Al igual que Pedro, la pregunta sigue en pie: ¿Qué tipo de tiendas, refugios, zonas de confort y tabernáculos construimos que nos impiden cargar con nuestra cruz y seguir a Jesús? En la cima de la montaña, Jesús preparó a sus discípulos para el tipo de misión que debían emprender. Contrariamente a los deseos de Pedro de construir tres tiendas, Jesús dirige a los

discípulos hacia un viaje que incluye el rechazo y la agonía. A diferencia de nuestro deseo humano de construir santuarios de gloria y tiendas de excusas, Dios nos llama a ir a los rincones oscuros del dolor y el sufrimiento y a predicar el amor liberador y la misericordia de Dios.

Muchos de los primeros escritores cristianos sostenían que los que se unieran a Cristo se transfigurarían como él. Sin embargo, la realidad concreta de este momento histórico exige que la Iglesia no busque la gloria ni evite la crítica y el sufrimiento. San Agustín, reflexionando sobre el relato de la transfiguración, escribe: "Baja, Pedro. Estabas ansioso por seguir descansando en la montaña; baja, predica la palabra... Baja a trabajar en la tierra, a servir en la tierra, a ser despreciado, crucificado en la tierra. La vida bajó, para ser asesinada; el pan bajó, para pasar hambre; el camino bajó, para fatigarse en el viaje; la fuente bajó, para experimentar la sed; ¿y tú te niegas a soportar el trabajo?"

Mientras Tierra Santa atraviesa lo que parece una noche interminable, la Iglesia está llamada a comprometerse, no a retirarse. A ayudar a transformar el dolor en esperanza y la opresión en liberación. En lugar de construir refugios de excusas, de seguridad, de tranquilidad y de gloria, la Iglesia está llamada a adentrarse en los valles a veces oscuros de nuestros barrios, naciones y del mundo. La identidad de la Iglesia está ligada a su misión de ser un agente de liberación y libertad en contextos de poderes opresivos y subyugación.

Esta misión de transfiguración exige que la Iglesia supere la neutralidad, el miedo, el egocentrismo y la despreocupación. Implica enfrentar las condiciones y los conflictos más complicados; implica ensuciarse las manos. Abarca una acción indispensable para dismantelar los sistemas de injusticia y opresión. Considera que no hay esfera en la que la Iglesia no pueda hablar o no pueda involucrarse. Implica una denuncia profética de todo lo que intente deshacer el sueño de Dios para el mundo de Dios. Y sí, anticipa la crítica, el repudio, el dolor y la muerte por el bien de la misión de Dios.

La partida o éxodo de Jesús significa que nuestra misión es también una partida: del egocentrismo, el interés personal y comunitario, la indiferencia y el miedo que obstaculizan la misión de Dios de proclamar la liberación a todos los oprimidos, los marginados y los desposeídos. Sí, el éxodo implica asumir riesgos, abandonar zonas de comodidad y cruzar fronteras hacia lo desconocido para unirse a la misión de Dios y encontrarse con Dios cuando Él dirige la misión. La creencia de que Jesús se transfiguró significa que nuestras vidas, nuestros contextos, nuestras naciones y toda la creación pueden transfigurarse. Por el poder del Espíritu Santo y a través de la acción de la Iglesia, la metamorfosis del dolor, el sufrimiento y la muerte es posible.

Amén.

— **El Reverendo Fadi Diab** es rector de la Iglesia de San Andrés en Ramala y de la Iglesia de San Pedro en Birzeit, Cisjordania. Además de sus responsabilidades parroquiales, tiene múltiples funciones en la Diócesis Episcopal de Jerusalén, entre ellas las de secretario diocesano, presidente del Tribunal Eclesiástico Episcopal y presidente del Comité Diocesano de Paz, Justicia e Integridad de la Creación. Asimismo, es vicepresidente de varios consejos diocesanos, entre ellos el del Hospital Árabe Al Ahli de Gaza, y es capellán de la iglesia de San Felipe, situada en el recinto del hospital. Diab también es presidente del Comité Nacional de Los Amigos de Tierra Santa, en el Reino Unido.